

REFLEXIÓN

CICLO A

MISIONERA
Nº 124

PENTECOSTÉS



**PONTIFICIA
UNIÓN MISIONAL**

31/10/ 1916 - 31/10/2026

110° Aniversario

Domingo 24 de mayo de 2026

MISA DE LA VIGILIA

**Gén 11,1-9; o Éx 19,3-8.16-20b; o Ez 37,1-14; o Jl 3,1-5; Sal 103;
Rm 8,22-27; Jn 7,37-39**

MISA DEL DÍA

Hch 2,1-11; Sal 103; 1Cor 12,3b-7.12-13; Jn 20,19-23

COMENTARIO

La misión de Dios continúa

La celebración litúrgica de Pentecostés no es un simple recuerdo de la efusión del Espíritu Santo sobre María y los apóstoles en el Cenáculo, sino que, se trata de la realización del acontecimiento, en el que Dios Padre «en su Verbo, encarnado, muerto y resucitado por nosotros, nos colma de sus bendiciones y por él derrama en nuestros corazones el don que contiene todos los dones: el Espíritu Santo» (Catecismo de la Iglesia Católica 1082).

Este es el misterio que se realiza también hoy en quienes lo celebran con fe. En este contexto, las lecturas y el Evangelio de la Misa nos ayudan a comprender y abrirnos aún más al don del Espíritu que recibimos en nuestra vida como discípulos enviados por Jesús para ser sus testigos «hasta el confín de la tierra».

1. El viento que sopla fuertemente – El sentido del acontecimiento

¿Qué ocurrió realmente con los

con los discípulos de Jesús el día de Pentecostés?

En primer lugar, como se nos narra en la primera lectura de los Hechos de los Apóstoles, mientras «se encontraban todos juntos en el mismo lugar», es decir, en el Cenáculo, “la habitación del piso superior”, «de repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados».

El énfasis en el “estruerzo”, “viento que soplaba fuertemente”, parece ir más allá de la descripción física de un fenómeno atmosférico. El énfasis en el “estruerzo”, “viento que soplaba en la noche del paso del Mar Rojo, cuando se produjo un viento muy fuerte, que separó las aguas del mar en dos partes para abrir un camino en medio para el pueblo de Dios (cf. Ex 14,21-23); en la visión del profeta Ezequiel, donde el viento fuerte, que es el Espíritu de Dios, viene a revivir los huesos muertos del pueblo (cf. Ez 37,9-14). Así, ahora, en este día de

Pentecostés ha llegado un viento que sopla fuertemente y preanuncia, como ya hemos visto en el pasado, un acontecimiento fundamental en la historia de la salvación humana, un acontecimiento que trae una nueva creación, la liberación, la resurrección de la humanidad.

Por otro lado, como explica el Catecismo de la Iglesia Católica, «El término “Espíritu” traduce el término hebreo *Ruah*, que en su primera acepción significa soplo, aire, viento. Jesús utiliza precisamente la imagen sensible del viento para sugerir a Nicodemo la novedad transcendente del que es personalmente el Sopro de Dios, el Espíritu divino (Jn 3, 5-8)» (Catecismo de la Iglesia Católica 691). Así, en el mismo viento se vislumbra el Espíritu en acción, o mejor dicho, su “descenso” del cielo mientras está en acto. Hay que sentir todo esto, en el corazón y en la mente, para entrar con temor y temblor en la atmósfera solemne y grandiosa del momento y revivir el misterio de Pentecostés en toda su plenitud.

2. Lenguas como llamaradas – El misterio de la efusión del Espíritu

Tras el estruendo, «vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos». Este es el momento de la efusión del Espíritu

Santo, como se explica inmediatamente después: «Se llenaron todos de Espíritu Santo». Sin embargo, hay que señalar un detalle interesante: ¿qué vieron los apóstoles en ese momento? ¿Llamas de fuego sobre sus cabezas, como se suele ver en muchas pinturas en las iglesias? No, el autor sagrado ha sido muy sutil en su descripción de lo ocurrido: no “lenguas de fuego”, sino “lenguas como llamaradas”, donde la palabra “como” significa precisamente “como, similar”, y no “exactamente así, igual”.

También aquí hay que tenerlo en cuenta para comprender que estamos ante un misterio inefable, inescrutable, y cualquier descripción será siempre solo aproximada. (Además, si realmente hubiese habido fuego en sus cabezas, se habrían quemado el pelo). Por otra parte, se quiere asociar la imagen visible del fuego con la realidad invisible del Espíritu del que «se llenaron todos». Como explica de nuevo el Catecismo: «Mientras que el agua significaba el nacimiento y la fecundidad de la vida dada en el Espíritu Santo, el fuego simboliza la energía transformadora de los actos del Espíritu Santo. [...] Juan Bautista [...] anuncia a Cristo como el que “bautizará en el Espíritu Santo y el fuego” (Lc 3,16), Espíritu del cual

Jesús dirá: “He venido a traer fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviese encendido!” (Lc 12, 49). En forma de lenguas “como de fuego” se posó el Espíritu Santo sobre los discípulos la mañana de Pentecostés y los llenó de Él (Hch 2, 3-4). La tradición espiritual conservará este simbolismo del fuego como uno de los más expresivos de la acción del Espíritu Santo (cf. San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva*). “No extingáis el Espíritu” (1 Ts 5, 19)» (Catecismo de la Iglesia Católica 696). El Espíritu es el fuego que transforma la vida, ilumina la mente y hace que el amor a Dios arda en el corazón.

3. El Espíritu «será quien os lo enseñe todo»

Tras descender sobre los apóstoles, el Espíritu Santo les permitió de inmediato «hablar en otras lenguas» con todos «de las grandezas de Dios». Es casi un cumplimiento de lo que Jesús dijo a sus discípulos en la Última Cena, como nos recuerda el Evangelio de hoy: «el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo».

Por el Catecismo sabemos que el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo». Por el Catecismo sabemos que Jesús, cuando anuncia y promete la Venida

del Espíritu Santo, le llama el “Paráclito”, literalmente “aquel que es llamado junto a uno”, *advocatus* (Jn 14, 16. 26; 15, 26; 16, 7). “Paráclito” se traduce habitualmente por “Consolador”, siendo Jesús el primer consolador (cf. 1 Jn 2, 1). El mismo Señor llama al Espíritu Santo “Espíritu de Verdad” (Jn 16, 13)» (Catecismo de la Iglesia Católica 692). Además, “todo” lo que el Espíritu enseñará no se refiere ciertamente a todo el conocimiento posible en el mundo, sino al conocimiento de Dios y de Cristo y a la capacidad de transmitir a otros las verdades divinas, reveladas en Cristo, para su salvación. Tanto es así que después de la expresión «será quien os lo enseñe todo», como conclusión del pensamiento afirma «y os vaya recordando todo lo que os he dicho». Para comprender mejor estas palabras de Jesús sobre el papel del Espíritu, conviene recordar la enseñanza de San Juan Pablo II en su Encíclica *Dominum et vivificantem*: El Espíritu Santo será el Consolador de los apóstoles y de la Iglesia, siempre presente en medio de ellos - aunque invisible - como maestro de la misma Buena Nueva que Cristo anunció. Las palabras «enseñará» y «recordará» significan no sólo que el Espíritu, a su manera, seguirá inspirando la predicación del

Evangelio de salvación, sino que también ayudará a comprender el justo significado del contenido del mensaje de Cristo, asegurando su continuidad e identidad de comprensión en medio de las condiciones y circunstancias mudables. El Espíritu Santo, pues, hará que en la Iglesia perdure siempre la misma verdad que los apóstoles oyeron de su Maestro.

De tal modo, el Espíritu Santo continúa la misión de Dios en la Iglesia y en los discípulos de Cristo. Como también menciona el papa Francisco: «fue inmediatamente después de la venida del Espíritu Santo sobre los discípulos de Jesús cuando por primera vez se dio testimonio de Cristo muerto y resucitado con un anuncio kerigmático, el denominado discurso misionero de san Pedro a los habitantes de Jerusalén.

Así los discípulos de Jesús, que antes eran débiles, temerosos y cerrados, dieron inicio al periodo de la evangelización del mundo. El Espíritu Santo los fortaleció, les dio valentía y sabiduría para testimoniar a Cristo delante de todos». El papa Francisco, en su Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2022, afirmó que, «Así como “nadie puede decir: ‘¡Jesús es el Señor!’, si no está movido por el Espíritu Santo” (1 Co 12,3), tampoco ningún cristiano puede dar testimonio pleno y genuino

de Cristo el Señor sin la inspiración y el auxilio del Espíritu. Por eso todo discípulo misionero de Cristo está llamado a reconocer la importancia fundamental de la acción del Espíritu, a vivir con Él en lo cotidiano y recibir constantemente su fuerza e inspiración. Es más, especialmente cuando nos sintamos cansados, desanimados, perdidos, acordémonos de acudir al Espíritu Santo en la oración, que - quiero decirlo una vez más - tiene un papel fundamental en la vida misionera, para dejarnos reconfortar y fortalecer por Él, fuente divina e inextinguible de nuevas energías y de la alegría de compartir la vida de Cristo con los demás» (Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2022).

Oremos para que todos los discípulos misioneros de Cristo podamos vivir bien, es más, en plenitud, el Pentecostés hoy, y que nos dé un nuevo impulso para continuar la misión de Cristo con la potencia del Espíritu. Esto, sobre todo, para aquellos que están directamente involucrados en la misión y la animación misionera como en las Obras Misionales Pontificias. El beato Paolo Manna, cuando planificó la fundación de la Unión Misionera del Clero, que luego se convirtió en la actual Pontificia

Unión Misional, tenía una visión clara «Un movimiento misionero verdadero y genuino debe ser sobre todo espiritual, porque es obra del Espíritu Santo; debe ser un Pentecostés; entonces y sólo entonces crea, conquista, penetra, santifica, inspira y deja frutos duraderos de oración, de acción, de sacrificio; sólo entonces se tendrá un florecimiento de verdaderas vocaciones misioneras». (*Le Missioni Cattoliche LX* [1931], 24 mayo, p. 323ss). María, Madre de la Iglesia y Reina de las misiones, ¡ruega por nosotros y por toda la Iglesia!

P. Dinh Anh Nhue Nguyen, OFM Conv
Secretario General
Pontificia Unión Misional

